

EL BAÑO

Entre sauces que velan una anciana casuca,
donde se desvistieran, devorando la risa,
hacia el lago Foloe, Sapho y Ceres, de prisa
se adelantan en medio de la tarde caduca.

Atreve un pie Foloe, bautízase la nuca,
y ante el espejo de ámbar arróbase indecisa;
meneando el talle Sapho respinga su camisa
y corre, mientras Ceres gatea y se acurruca...

Después de agrias posturas y esperezos felinos,
gimiendo un ¡ay! glorioso se abrazan á las ondas
que críspanse con lúbricos espasmos masculinos.

Mientras ante el misterio de sus gracias redondas
Loth, Fhebo y David, púdicos tanto como ladinos
las contemplan y pálidos huyen entre las frondas!

EL ESPEJO

Se hunden en una sorda crisis medítabunda...
 El Ocaso suaviza los últimos enojos,
 y Neith enjuga el oro líquido de sus ojos,
 triste como su hermana, la tarde moribunda...

Conspira en acres vahos la insinuación fecunda
 de la Naturaleza, por siembras y rastros,
 y ellos, que ora se brindan flores en vez de abrojos,
 suman entrelazados una unidad profunda.

Largamente, idealmente, como un sacro beleño,
 Bion la apura de un beso hasta el fondo del sueño...
 Por no verla, en procura de un instante de calma,

cierra luego los ojos, declinando en el hombro
 la armoniosa cabeza, y ¡oh! dulcísimo asombro,
 como en un claro espejo la contempla en el alma!

LA SIESTA

No late más que un único reloj: el campanario,
 que cuenta los dichosos hastíos de la aldea,
 el cual, al sol de Enero, agriamente chispea,
 con su aspecto remoto de viejo refractario...

A la puerta, sentado se duerme el boticario...
 En la plaza yacente la gallina cloquea
 y un tronco de ojaranzo arde en la chimenea,
 junto a la cual el cura medita su breviario.

Todo es paz en la casa. Un cielo sin rigores,
 bendice las faenas, reparte los sudores...
 Madres, hermanas, tías, cantan lavando en rueda

las ropas que el domingo sufren los campesinos...
 Y el asno vagabundo que ha entrado en la vereda
 huye, soltando coces, de los perros vecinos.

LA HUERTA

Por la teja inclinada de las rosas techumbres
descienden en silencio las horas... El bochorno
sahuma con bucólicas fragancias el contorno
ufano como nunca de vistosas legumbres.

Hécuba diligente da en reparar las lumbres...
Llegan por el camino cánticos de retorno.
Iris, que no ve casi, abandona su torno,
y suspira á la tarde, libre de pesadumbres.

Obscurece. Una mística Majestad unge el dedo
pensativo en los labios de la noche sin miedo...
No llega un solo eco, de lo que al mundo asombra,

á la almohada de rosas en que sueña la huerta...
Y en la sana vivienda se adivina la sombra
de un orgullo que gruñe como un perro á la puerta

EL CURA

Es el Cura... Lo han visto las crestas silenciarias,
luchando de rodillas con todos los reveses,
salvar en pleno invierno, los riesgos montañeses
ó trasponer de noche las rutas solitarias.

De su mano propicia, que hace crecer las mieses,
saltan como sortijas gracias involuntarias;
y en su asno taumaturgo de indulgencias plenarias,
hasta el umbral del cielo lleva á sus feligreses...

Él pasa del hisopo al zueco y la guadaña;
él ordeña la pródiga ubre de su montaña
para encender con oros el pobre altar de pino;

de sus sermones fluyen suspiros albahaca:
el único pecado que tiene es un sobrino...
Y su piedad humilde lame como una vaca.

LA IGLESIA

En un beato silencio el recinto vegeta.
 Las vírgenes de cera duermen en su decoro
 de terciopelo lívido y de esmalte incoloro;
 y San Gabriel se hastía de soplar la trompeta...

Sedienta, abre su boca de mármol la pileta.
 Una vieja estornuda desde el altar del coro...
 Y una legión de átomos sube un camino de oro
 aéreo, que una escala de Jacob interpreta.

Inicia sus labores el ama reverente:
 Para saber si anda de buenas San Vicente
 con tímidos arrobos repica la alcáncía...

Acá y allá maniobra después con un plumero,
 mientras, por una puerta que da á la sacristía,
 irrumpe la gloriosa turba del gallinero.

EL TEATRO DE LOS HUMILDES

Es una ingenua página de la Biblia el paisaje...
 La tarde en la montaña moribunda se inclina,
 y el sol un postrer lampo, como una aguja fina,
 pasa por los quiméricos miradores de encaje.

Un vaho de infinita guturación salvaje,
 de abstrusa disonancia, remonta á la sordina...
 La noche dulcemente sonrre ante el villaje,
 como una buena muerte á una conciencia albina.

Sobre la gran campaña verde, azul y aceituna,
 se cuajan los apriscos en vagas nebulosas,
 cien estrellas lozanas han abierto una á una,

rasca un grillo el silencio perfumado de rosas...
 El molino en el fondo abrazando la luna
 inspira de romántico viejo tiempo las cosas!

LA NOCHE

La noche en la montaña mira con ojos viudos
de cierva sin amparo que vela ante su cría;
y como si asumieran un don de profecía,
en un sueño inspirado hablan los campos rudos.

Rayan el panorama, como espectros agudos,
tres álamos en éxtasis... Un gallo desvaría,
reloj de media noche. La grave luna amplía
las cosas, que se llenan de encantamientos mudos.

El lago azul de sueño, que ni una sombra empaña,
es como la conciencia pura de la montaña...
A ras del agua tersa, que riza con su aliento,

Albino, el pastor loco, quiere besar la luna.
En la huerta sonámbula vibra un canto de cuna...
Aullan á los diablos los perros del convento.

EL ALBA

Humean en la vieja cocina hospitalaria
los rústicos candiles... Madrugadora leña
infunde una sabrosa fragancia lugareña,
y el desayuno mima la vocación agraria...

Rebota en los collados la grita rutinaria
del boyero que á ratos deja la yunta y sueña...
Filis prepara el huso. Tetis, mientras ordeña,
ofrece á Dios la leche blanca de su plegaria.

Acongojando el valle con sus beatos nocturnos,
salen de los establos, lentos y taciturnos,
los ganados. La joven brisa se despereza...

Y como una pastora, en piadoso desvelo,
con sus ojos de bruma, de una dulce pereza,
el Alba mira en éxtasis las estrellas del cielo.

OTOÑO

La druídica pompa de la selva se cubre
de una gótica herrumbe de silencio y estragos;
y Cibeles esquivaba su balsámica ubre,
con un hilo de lágrimas en los párpados vagos...

Sus cabellos de místico azafrán llora Octubre
en los lívidos ojos de muaré de los lagos.
Las cigüeñas exodan. Y los buhos aciagos
ululúan la mofa de un presagio insalubre...

Tras de la cabalgata de metal, las trahillas
ladran á las casacas rojas y á las hebillas...
El cuerno muge. Todo ríe de austera corte.

El abuelo Silencio trémulo se solaza...
Y zumba la leyenda ecuestre de la caza,
en medio de un hierático crepúsculo del Norte.

LA MISA CÁNDIDA

Jardín de rosa angélico, la tierra guipuzcoanal
Edén que un Fra Dómenico soñara en acuarelas...
Los hombres tienen rostros vírgenes de manzana
y son las frescas mozas óleos de antiguas telas.

Fingen en la apretura de la calleja aldeana,
secretarse las casas con chismosas cautelas.
Y estimula el buen ocio un trin-trín de campana,
un pum-púm de timbales y un fron-frón de vihuelas.

Oh campo siempre niño! Oh patria de alma probal
Como una virgen, mística de tramonto, se arroba...
Aves, mar, bosques: todo ruge, solloza y trina

las Bienaventuranzas sin código y sin reyes...
Y en medio á ese sonámbulo coro de Pallestrina,
oficia la apostólica dignidad de los bueyes!

LA CASA DE LA MONTAÑA

Ríe estridentes glaucos el valle; el cielo franca
 risa de azul; la aurora ríe su risa fresa,
 y en la era en que ríen granos de oro y turquesa,
 exulta con cromático relincho una potranca...

Sangran su risa, flores rojas en la barranca;
 en sol y cantos ríe hasta una oscura huesa;
 en el hogar del pobre ríe la limpia mesa,
 y allá sobre las cumbres la eterna risa blanca...

Mas nadie ríe tanto, con risas tan dichosas,
 como aquella casuca de corpiño de rosas
 y sombrero de teja, que ante el lago se alíña...

¿Quién la habita? Se ignora. Misteriosa y huraña
 se está lejos del mundo sentada en la montaña,
 y ríe de tal modo que parece una niña!

EL GENIO DE LOS CAMPOS

Por donde humea el último arado en los cultivos,
 agrias interjecciones el eco desentona.
 De tarde en tarde el ámbito trasunta en su bordona
 la égloga que sueñan los campos subjetivos.

Alamos oxidados y sauces compasivos...
 Aldeanas con cestos de fruta. Una amazona...
 El silencio en la inerte cartuja congestiona
 de mística Edad-Media los panoramas vivos.

Insinúase un vaho de fresales maduros,
 con sabrosas resinas y violentos sulfuros...
 Bajo el vetusto puente, clásica linfa corre,

holgándose entre vegas de ópalo y de raso,
 mientras, muezín sonámbulo, la esquila de la torre
 traspasa de ultratumba y de Dios el Ocaso!

DIVAGACIONES ROMÁNTICAS

POEMA VIOLETA

I

Hora de ¡adiós! y ¡quién sabe!
de ¡te amo! y ¡eres mía!...
Tu mano tiene una suave
fragancia á melancolial...

Tu peinador lila viste
la ambigua tarde ojerosa
y está llena de una rosa
felicidad... algo triste!

Todo flota en un dormido
ambiente de Más Allá...
y la tarde en tu vestido
se embriaga de resedá...

II

Te llaman Melancolía
hermana del Arpa Eólica,
porque eres el alma mía
y mi alma es melancólica...

Muere la tarde de seda,
muere la tarde y me encanta...
Tiene la fragante y queda
agonía de una santa!...

III

Cede á mi lírico arranque,
en tanto que taciturnos
sollozan en el estanque
los violoncelos nocturnos!

Deja rodar la fortuna,
ebriamente descuidada,
como un rosario por una
mano que ha estado entregada.

Tu dolor que apenas noto,
como una tenue fragancia,
tiene la triste elegancia
de tu primer guante roto.

No temas que te hagan daño
mis fieras desolaciones:
como Pedro el Ermitaño
jugarás con los leones.

En todo este desconsuelo
que late dentro de mí,
sabe que hay mucho de cielo
espolvoreado de til!

Consolará mi infortunio
tu frente, que es la mitad
serena de un plenilunio
pálido de Eternidad!

A LA MANERA DE SCHUMANN

En tus férvidas pupilas
reza mi esperanza y todas
celebran sus dulces bodas
tus ilusiones tranquilas.

Tú hablas y en mis dolores
antiguos sale la luna,
y trina al instante una
pareja de ruiseñores.

En mi pálida vigilia
tu recuerdo viene á mí,
como un olor de benjuí
nostálgico de familia.

Todo te adora... el hierático
cisne de ensueños, se esponja...
copia el crepúsculo extático
tus actitudes de monja.

La tarde que unge tu vida
y que dora tus quimeras,
se detuvo en tus ojeras
hasta quedarse dormida.

Una antigua aristocracia
tu eufónica mano afila
y atenúa tu pupila
de un vago polvo de gracia.

Son cisnes de negros copos
en la tarde que caduca,
los rizos que hay en tu nuca
de cambiantes heliotropos.

Misterio, pena ó reproche,
es esa arruga tranquila
que pone un poco de noche
en tu frente de Sibila.

Yo era feliz y risueño...
pasó tu sombra á mi lado
y en forma de ¡ay! afilado,
me hundió un puñal en el sueño.

Cuando abates tus miradas
me suspira Lohengrín,
y me llaman del jardín
de las almas inclinadas.

No camines tan deprisa;
detén el paso y deshoja
sobre mi negra congoja
como un clavel, tu sonrisa.

Bien cupieran en tu joven
Abril, mis horas que abrumen,
como un dolor de Beethoven
en un ensueño de Schumann.

Abrázame ¡oh blanda cruz!
Amor me unirá á tu encanto
con sangre, besos y llanto,
como con clavos de luz.

Y, pues, lo quiere la suerte...
Como Ofelia un azahar,
deshojando el verbo amar,
entraremos en la Muerte!

EGOÍSMO

«Agua de olvido, yo necesito»!
 Gritó á mi alma tu vida rota...
 ¡Horrendo grito!

Yo vi en tus ojos el infinito
 y tú en los míos la Nada Eternal
 Y en tu derrota
 yo no te quise dar ni una gota
 del agua dulce de mi cisterna!

Sombra de muerte, yo necesito»
 Gritó á tu alma mi desconsuelo...
 ¡Horrendo grito!

Yo estaba pálido de Infinito,
 y tú solemne de Augusta Nada.
 Y en mi desvelo,
 tú no quisiste darme el consuelo
 de tu profunda noche estréllada!

LOS PARQUES ABANDONADOS

AMAZONA

Sobre el arnés de plata y pedrería,
en un trono de vértigo y marea,
te erguiste, Zodiacal Pentesilea,
símbolo de la Eterna Geometría...

Zigzagueó el rayo de tu fusta impía,
y humeando, en nimbos de ópalo, chispea
sulfúrico el bridón, sangra y bravea,
y escupe rosas en la faz del día.

Contra la Muerte, de un abismo á otro,
blandió tu mano capitana el potro...
En un apocalipsis iracundo

lo dislocó y ante la cumbre, indemne
surgiste sobre el sol, roja y solemne,
como un Arcángel incendiando un mundo!...

EX-VOTO

Cantaban los estanques de agua ciega...
al mismo tiempo que quintaesenciara
tu amor, como una ambigua dulcamara
de miel y duda, en la armoniosa vega.

El bosque olía á mirras como un ara...
Y los delfines de la fuente griega
soplaban en su trompa solariega
enamorados de la linfa clara.

Me arrodillé. Y apenas á la infija
opalescencia, junto al sicomoro,
se abrió tu mano de musmé prolija.

Te di bajo el crepúsculo sonoro,
sobre el áspid sutil de una sortija,
mi alma en una lágrima de orol...

80° Está el desierto pálido de sed...

En una ascética ilusión de Brahma,
sobre el confín del vago anacronismo,
magina el equívoco espejismo
la inverosímil inquietud de un drama.

Soñando con la sed un tigre brama
al desierto que en áurico ensimismo,
como enigma de extraño gongorismo,
su gran silencio emocional derrama.

El fino promontorio tiende el cuello,
cual echado y exánime camello
de sudoroso y exabrupto lomo.

Y entretanto que atisba alguna presa,
envuelve el mar un beso de turquesa
en su sonrisa de papel de plomo.

CONSAGRACIÓN

Surgió tu blanca majestad de raso,
toda sueño y fulgor en la espesura,
y era en vez de mi mano — atenta al caso —
mi alma quien oprimía tu cintura...

De procaces sulfatos una impura
fragancia conspiraba á nuestro paso,
en tanto, que propicio á tu ventura,
llenóse de amapolas el ocaso.

Pálida de inquietud y casto asombro,
tu frente declinó sobre mi hombro...
Uniéndome á tu sér, con suave impulso,

al fin de mi espacioso simulacro,
de un largo beso te apuré convulso,
hasta las heces, como un vino sacro!...

ÓLEO BRILLANTE

Fundióse el día en mortecinos lampos,
y el mar y la cantera y las aristas
del monte, se cuajaron de amatistas,
de carbunclos y raros crisolampos.

Negó la luna y un billón de ampos
alucinó las caprichosas vistas,
y embargaba tus ojos idealistas
el divino silencio de los campos.

Como un exótico abanico de oro,
cerró la tarde en el pinar sonoro...
Sobre tus senos, á mi abrazo impuro,

ajáronse tus blondas y tus cintas,
y erró, á lo lejos, un rumor oscuro
de carros, por el lado de las quintas!...